

ciudades simples y cerradas", es decir, para la moral nacionalista. Pero puesto que en esta moral hay un elemento de odio, cabe dudar si tienen en efecto un valor ético. El nacionalismo es una pasión que M. Benda descompone en movimientos sucesivos. En el primero el hombre abandona su egoísmo, abdica de su voluntad de ser una individualidad única, separada de todas las otras y afirma su comunión con todos los hombres que le son semejantes por la sangre, el idioma, los intereses, los ideales, la historia, etc. Pero en el segundo movimiento recupera esta voluntad en nombre del grupo al cual pertenece. El egoísmo que desaparece en el primer movimiento reaparece en el segundo, sobre un nuevo plan. "El egoísmo, dice Benda, al hacerse nacional, se convierte en egoísmo "sagrado". En cuanto que el primer movimiento encierra una superación del egoísmo individual, no se le puede negar un valor ético. En el fondo, como la reconoce Benda, el nacionalismo resulta más bien del segundo movimiento. Esto rectificaría un tanto el pensamiento de Bergson y diríamos entonces que el nacionalismo empieza donde termina la moral social de grupo. Mientras que la ética de los valores tal como se ha definido en Alemania, tiende a establecer el lado objetivo de la moral, constituido por un mundo ideal de valores y normas, la obra de Bergson insiste en el otro lado de la vida moral: el lado humano. La moral es, en

efecto, la resultante de dos factores, uno legal que a través de la conciencia nos marca el camino del deber, y otro humano hecho de impulsos favorables o contrarios a la realización de fines valiosos.

Al distinguir Bergson un tipo de moral irreductible a la de la obligación, señala un hecho innegable sobre el cual no se ha insistido suficientemente, tal vez porque ha sido tan grande la sugestión de Kant, que se ha tendido siempre a identificar la moral con el deber. Parece que esta moral de la aspiración corresponde mejor con el esfuerzo real de creación en la vida moral histórica, que la doctrina del ordenamiento inmutable de los valores sostenidos por Scheler. Es un acierto la relación que establece Bergson entre la moral de la aspiración con su anterior doctrina de la "evolución creadora". Entonces las dos morales no se muestran acordes entre sí; muy al contrario, entre ellas existe un conflicto constante; y así es como suceden los movimientos morales en la historia. Toda reforma moral al nacer va en contra de la moral social establecida, y aparece, en ese momento, como un movimiento *immoral*. El espíritu conservador ve siempre a los reformadores morales como individuos peligrosos que corrompen las costumbres, y por eso los atenienses castigaron a Sócrates con la pena de muerte.

## MUERTE Y SUPERVIVENCIA DE LA NUEVA ESPAÑA

P o r

S A L V A D O R T O S C A N O

SI dirigimos nuestra mirada a la Nueva España al finalizar la época de los Habsburgo, tropezamos con un mundo medioeval, hermético y complejo, sumergido en el más desmayado de los ahistoricismos. América vive en la soledad impuesta por el bloqueo español; encerrada en esa *muralla china* que han sido llamadas sus fronteras y cuyos destinos permanecen ignorados para el resto de Europa: ni Francia, Flandes, Inglaterra o Prusia, saben de aquel mundo velado cuidadosamente por la Contrarreforma.

*SALVADOR TOSCANO, joven universitario, encierra en este estudio la visión sintética de México. Es un intento por encontrar nueva interpretación a las viejas cosas de nuestra patria, de nuestra "Suave Patria"...*

Quienes sólo buscan los anecdóticos de la historia, han de quedar defraudados ante este mundo somnoliente, misterioso, enquistado en un torpón medioevalismo, y en que aparentemente todo acaecer histórico se refiere a la llegada de la Nao filipina o al cambio de virreyes y monarcas españoles. Y, sin embargo, bajo esa máscara impenetrable, bajo esa supuesta capa de una sociedad reposada y grave, se oculta todo un mundo viviente, un mundo orgánico preñado de significación, una humanidad que se agita angustiosamente en medio de la rigidez de los "gremios" y "encomiendas";

un mundo que vive su heroica y silenciosa interioridad hasta el momento en que la generación de la Enciclopedia lo alcanza a conmovier.

Algunos siglos antes—al finalizar el siglo XVI, liquidadas definitivamente las grandes expediciones y conquistas—se inicia la época de colonización, encomienda y gremio y empieza para México una historia de nuevo tipo: la historia de un pueblo en su movimiento total, como cuerpo, como orden social. No languidez y modorra, sino pesadez en marcha heroica, marcha breve y lapidaria que modela al cabo de trescientos años una sociedad nueva. Esta es la razón última de la estabilidad y aun de la falta de una historia política en la Nueva España: su historia es la historia de la aldea y de la economía ciudadana, la historia del municipio libre y de las corporaciones.

Pero de pronto, este *orden*, este mundo escolástico-contrarreformador, se ve interrumpido. En las manos de los criollos corren subrepticamente las ediciones francesas: Voltaire, Rousseau, Montesquieu, hasta los días en que la ciudad de México lee los derechos del hombre y los decretos de la Asamblea de París, después de que definitivamente la Revolución francesa vuelca su contenido en el mundo.

#### MUERTE Y PASION DE LA NUEVA ESPAÑA

No podemos ahondar hasta qué punto la nueva época que alborea en 1800, es cauda y reacción de la Nueva España borbónica e ilustrada. En 1808 nuevamente se ponía a prueba la lealtad criolla; un siglo antes, durante la lucha entre habsburgos y borbones por la sucesión en España, se había revelado una débil conciencia nacional aún incapaz de proyectar su sombra en el destino de la Colonia. Ahora el Ayuntamiento, el representante de la libertad ciudadana, se alzaba frente a la Audiencia, Yermo y toda aquella pesada burocracia peninsular.

Los criollos sentían que la Nueva España había muerto algunos años antes. Y que los resortes que habían motivado la independencia no debían buscarse tanto en la literatura francesa, cuanto en el entronizamiento borbón que pervirtió, con el Absolutismo, la idea del Virreinato en América.

Ya con el estilo acuñado por el absolutismo, el visitador Gálvez y el Virrey de Croix hacían saber a los vasallos de Carlos III, que los mexicanos habían "*nacido para callar y obedecer y no para discurrir ni opinar en los altos asuntos del Gobierno*". Aquella nación que había surgido de la creación de un Cabildo libre, moría en la más torpe de las autocracias.

Desde entonces no se llama a las partes de América e Indias, virreinos y capitanías generales,

sino colonias. La vieja situación provincial era reducida a un colonialismo de tipo moderno, explotador y rapaz. Humboldt lo había reconocido. Fray Servando se quejaba con amargura: las ventas y traslados de la Florida y la Luisiana eran la mejor muestra de este colonialismo-explotación. Nueva España, decía Fray Servando, era un virreinato anexo a Castilla; no una colonia. Sus Cabildos, sus instituciones jurídicas autónomas, sus Universidades, equivalían a una provincia incorporada a España. Pero el planteamiento de una política fiscal hecha por Gálvez en el segundo tercio del siglo XVIII era el coronamiento del colonialismo moderno de España: el acabamiento de las alcabalas particulares, el acrecentamiento del rentismo por la Corona, la creación de las intendencias y la creciente fiscalización del impuesto, eran la nueva realidad colonial.

La generación española de 1800 era incapaz de comprender que la efectiva sumisión, real y confesional, radicaba en la vieja situación provincial, en su libertad y democracia gremial, en la autonomía municipal, en la propiedad comunal de indios, en el ejido, tanto como en la fe contrarreformadora hoy muerta al soplo de la Ilustración. Y al fin, tardíamente, torpemente, la Constitución española de 1812 reconocía a los virreinos y capitanías como partes integrantes de la Monarquía española, con derecho al nombramiento de diputados a la Asamblea General.

Así se pretendía sanear externamente, políticamente, lo que había muerto en espíritu, lo que hacía varias generaciones se había extinguido.

En 1790, bajo la presión de las ideas de la Revolución Francesa y la ilustración, España daba término a la vida legal de los gremios. Lo que nos comprueba que la agonía de la Nueva España había empezado mucho antes de 1810. Pero esta tarea demoledora la completaron en realidad los liberales: ellos dieron muerte definitiva a estas corporaciones, a los grandes creadores del arte industrial de la Colonia, a los orfebres, tallistas, pintores, de uno de los artes más prodigiosos de México. Con ellos moría, además, el espíritu sindical. Con la consagración de la libre concurrencia al trabajo por el liberalismo, se arroja al hombre a la más terrible soledad y egoísmo, mientras una realidad de México se sacrificaba en honras a un individualismo extralógico.

Pero la piqueta destructora del liberalismo habría de ir todavía más lejos. En 1824 se atacaban ya las parcialidades y ejidos de San Juan y Santiago. Y en 1857, con las leyes de desamortización constitucionales, se ordenaba el fraccionamiento y reducción a propiedad privada de los ejidos. Una realidad mexicana hasta entonces intocada, sabiamente conservada en la Nueva España al través de

tres siglos—heredada de la gentilidad, del calpulli—, se condenaba a muerte por el envenenamiento doctrinal de Europa.

Las dos realidades más vivas, que habían mantenido el orden por más de tres siglos, finalizaban a mediados del siglo XIX: el ejido y el gremio. El individualismo más torpe se entronizaba en una realidad distinta; pero había algo que permanecía, que era eterno, en el espíritu de México.

## GRANDEZA Y MISERIA DEL SIGLO XIX

1810 surgió de la rabia y de la impotencia, mezcla de sumisión y separatismo. Pero en México no brotó el caudillo genial, el Bolívar, que habría de conducir a su pueblo hasta el final. La breve carrera de Hidalgo había terminado dramáticamente, y la rebelión no había tenido más sentido que mostrar al español que vivía sobre un volcán próximo a estallar y resquebrajar todas las formas sociales tradicionalmente impuestas. Fue entonces que brotó Morelos, como surgido de la tierra misma: marcha a Acapulco y fracasa, pero es allí adonde alcanza a recoger las dispersas fuerzas nacionales. Amenaza la ciudad de México (Morelos aparece como un iluminado—si algún adjetivo se le ha de aplicar—: "*La acción no se debe a mí, sino a la Emperadora Guadalupeana...*") En esta primera campaña ha logrado levantar el Ejército del Sur, el invencible Ejército del Sur: sus proclamas arrebatadas, de frases duras y apretadas, arrastran tras de sí aquella grandiosa escuela de oficiales: Hermenegildo Galeana, Leonardo Bravo, Nicolás Bravo, Mariano Matamoros.

Ni siquiera en Cuaufla había sido vencido el valor insurgente. El gran capitán, el organizador de la fuerza de Nueva España, Calleja, entraba a sangre y fuego después de tres meses de resistencia, tres meses de vivir los insurgentes bajo el terror del fuego, alimentados apenas de alimañas y yerbas. Pero Morelos decide abandonar la plaza y, al realizarlo, corona nuevamente de gloria al Ejército del Sur.

En estos precisos momentos empieza la espectacular y siempre victoriosa carrera militar de Morelos. Marcha sobre Tehuacán y la toma, de allí a Orizaba, más tarde a Oaxaca y al fin Acapulco. Así abre un cerco de mar a mar, una tenaza sobre el Valle de México, en una serie de marchas que son modelo de grandeza militar.

Pero es en este momento cuando empieza a declinar el sol para el Caudillo. El Congreso se reúne, entran los políticos, comienzan las disenciones, las rencillas con Rayón, la envidia sobre el Generalísimo y depositario del poder Ejecutivo: todo como preparativo para el desastre de Puruarán. Llano cae sobre sus fuerzas y las destroza.

Morelos no puede rehacerse, mientras el Congreso, por boca de Ronsainz, colma la tragedia depeniéndolo del Poder Ejecutivo.

Aún quedaba el soldado; pero Morelos había perdido algo más precioso que la estimación de un estúpido Congreso: habían caído asesinados por las balas realistas sus mejores capitanes. Ya en Cuautla había caído Leonardo Bravo; ahora, en Puruarán, Matamoros y más tarde Galeana.

Y para consumir aquel drama, el Congreso empieza a pensar su destino político atado al de Estados Unidos. El Sur, en el que siempre se movió Morelos, aparece aislado. Hay que marchar a Tehuacán con el Congreso, establecer comunicación con el Norte, abrir la ruta fácil al Atlántico, hacia Boston y Nuevo Orleans. Se inicia la obsesión de la democracia modelo de los norteamericanos, de su ayuda económico-política... Morelos se decide a escoltar personalmente los restos de aquel Congreso: allí se realiza la prisión que pudo haber evitado con sólo sacrificar aquel Congreso que él entendía como símbolo...

Con Morelos es asesinado lo mejor del espíritu de México. Se aniquila una época y una juventud que empezaba a vivir. Y el alto clero, como responsable, preparaba con ello toda la tragedia de nuestro siglo XIX. Por incomprensión y vanalidad fueron incapaces de sumarse al generoso instinto revolucionario de aquellos clérigos que acudieron a la independencia. Así se preparaba el camino para la Reforma y para la cruel lucha confesional de la Guerra de Tres Años, pudiendo haber seguido otro destino grandioso no con Abad y Queipo, sino con aquellos párrocos como Morelos que encarnaban la juventud de México.

Y, sin embargo, la agonía de la Nueva España no había empezado en 1810, sino hacía un siglo con el entronizamiento borbón, absolutista a ilustrado. Como también es error creer que la Nueva España muere en 1821: su cauda y estela se prolonga por todavía cerca de cien años, más allá de todo el México independiente. Todo el siglo XIX está condicionado por la Nueva España, ella sigue actuando en sus direcciones principales como estela y latre.

## CLASICISMO Y ROMANTICISMO

No es un azar que en el campo de la historia se contrapongan frecuentemente las figuras de José María Bustamante y Lucas Alamán. Bustamante procedía de la clase media de México, Alamán de las familias tradicionales de Nueva España; uno aparecía como un advenedizo, el otro como un criollo de abolengo; la educación del uso había sido en la pobreza y dificultad, el otro procedía de las universidades europeas. Uno si-

guió el camino romántico, anárquico, sentimental, destructivo; el otro fue un gran clásico, emocionado de la verdad tradicional y del frío realismo en política.

Así se consumó el drama. Aquellas viejas familias clásicas no pudieron sumarse, disgregarse, en aquel mundo nuevo que nacía. Ellos presentían la verdad y eran incapaces de encauzarla, pervivía en ellos un rígido escolasticismo. Los otros, brotados de los círculos románticos de la Nueva España, ayunos de toda realidad, acabaron por desvertebrar la verdad de México.

Más de un siglo se luchó por palabras: federalismo y centralismo, república o imperio, liberalismo o catolicismo. Palabras. Mientras en los campos de guerra desaparecían las generaciones de México.

Fue necesario que en la política nacional apareciera la política de caudillaje y cacicazgo—que era como un lejano derivado de la autocracia absolutista de la Nueva España del XVIII—y que, además, pese a la demagogia demócrata, se llegara al militarismo como único orden posible. Los grandes políticos del siglo XIX han sido, ante todo, grandes conductores, así se llamen Juárez, Díaz o Santa Anna o Miramón.

Así se llegó al punto más bajo de la historia de México. Un pueblo advenedizo, pero infinitamente más fincado en la realidad, arrebató todas las porciones Norte de la República, frente a la impotencia y venalidad de los políticos, ¡clásicos y románticos!

Entonces brota la dictadura, urgida ante el desgobierno y la anarquía, casi como un desahogo, como un reposo para la necesaria comprensión de México. Pero el liberalismo viraba: del federalismo al centralismo, de la libertad a la autocracia, de la austeridad a la riqueza conservadora. El liberalismo terminaba en el más bastardo conservatismo. ¿No fue esto el porfirismo? Y así se impuso la monstruosa y mediocre paz de los treinta años.

## LA REVOLUCION MEXICANA EN LA RESTAURACION NACIONAL

Ya en 1910 este liberalismo había hecho crisis. De entonces acá se compulsó una nueva realidad. Hasta la vieja filosofía positiva quedó abandonada a un rico y nuevo espiritualismo: en la Universidad restaurada entraba una implorante, como exclamaba Justo Sierra: *“Esa implorante es la Filosofía, una imagen trágica que conduce a Edipo, el que ve por los ojos de su hija lo único que vale la pena de mirarse en este mundo, lo que no acaba, lo que es eterno”*.

Se iniciaba la revaluación de México, esa revaluación planteada definitivamente durante la Revolución de México y tempranamente hecha ley en 1917. Aquella pesada paz impuesta por el porfirismo, terminaba. En el Sur, hombres que guardaban la tradición oral de la propiedad comunal de pueblos, que habían asistido casi a los despojos que siguieron a las leyes de desamortización, se alzan al grito de: ¡Tierra y Libertad!

Con la Revolución se liquidan viejos problemas y nacen generaciones más decididas. Sus nuevas leyes vuelven a hablar de la libertad municipal, de la autonomía del ayuntamiento como base esencial del orden provincial. Resurge, además, el viejo ejido remozado por una nueva realidad. (Aca-so la institución ni siquiera tenga conexiones con el viejo ejido de la Nueva España; pero aparece como una afinidad, como una resonancia, de la realidad permanente en la organización de México). Y, por último, se vuelve nuevamente a la agremiación de un nuevo tipo y de ilimitado porvenir: el sindicalismo mexicano, como una reacción a la libre concurrencia y como una reafirmación del espíritu comunal del hombre.

Un siglo de romanticismo político, ayuno de todo realismo, no bastó para borrar lo que en el hombre es necesidad primaria y eterna: la comunidad, la corporación, la sociedad como cuerpo.

También así terminó el pesimismo nacional—falsamente encubierto por el oropel porfirista—y surgió el entusiasmo de la Patria. Quien con más fina sensibilidad ha aprehendido lo cambiante de este momento, ha sido Ramón López Velarde: *“El descanso material del país, en treinta años de paz, coadyuvó a la idea de una Patria pomposa, multimillonaria, honorable en el presente y epopéyica en el pasado. Han sido precisos los años de sufrimiento para concebir una Patria menos externa, más modesta y probablemente más preciosa”*.

Sí, una Patria íntima, sensual, resignada, llena de gestos *“immune a la afrenta, así la cubran de sal. Casi la confundimos con la tierra...”*

Tardíamente, casi con malevolencia, hemos abandonado el grave pesimismo nacional que alimentó a la segunda mitad del siglo XIX. La Nueva España de Humboldt, enanchada de mar a mar, la Nueva España próspera y feliz, termina con la realidad dolorosa de la guerra americana del 47. Una nueva verdad nos presentaba una Patria más modesta, pero el pesimismo nuestro quiso aquel suelo mutilado como las tierras más áridas del mundo, como el pueblo del desgobierno, de la anarquía, del mestizaje. El último representante de este pesimismo nacional que alimentó la angustia de todo un siglo, fue el estilo corrosivo y destructor de Bulnes.

Pero hoy hemos redescubierto a México. Al final hemos entendido que sólo el amor es creador y fecundo y hemos tratado a México con pasión y entusiasmo, como la Suave Patria... Sí, una Patria que habíamos perdido por no haber trata-

do con amor. De esta Patria que dice López Velarde: "*habíamos salido por inconsciencia, en viajes periféricos, sin otro sentido, casi, que el del dinero. A la nacionalidad volvemos por amor... y pobreza*".

# "GAMBUSINO"

P o r R U B E N S A L A Z A R M A L L E N

*Ya en tiempos lejanos, pero no por lejanos menos amables, Salazar Mallén nos regaló las primicias de su literatura. Ahora, RUBEN SALAZAR MALLÉN, polemista, profesor universitario, abogado, abandona las cosas trascendentes y nos enseña este capítulo de "Gambusino", pleno de sugerencias y aciertos.*

1. Ricardo recordaba a menudo, sin dedicarles mucho tiempo, los incidentes de su pasado. A su memoria llamaba el contorno de un rancho próximo al pueblo de Tlalpacoyan: una larga calzada de cocoteros que conducía a unos sembradíos de caña, un corral, unos cobertizos y una casuca de techado rojo. Ricardo solía acodarse en un cercado a ver cómo Raúl, mayor que él, arriaba los becerrillos hacia el corral.

Pero eso era muy distante, muy impreciso. Los recuerdos exactos empezaban en una casa grande, silenciosa y clara, con una sala enorme que, en las noches de fiesta, era alumbrada con la luz de dos grandes arañas de cristal tallado, en que los prismas transparentes se estremecían, chocaban unos con otros despidiendo destellos tan vivos que lastimaban la vista. En esa vasta sala en que los muebles eran dorados y había jardineras que rebosaban suntuosas flores artificiales ante espejos de complicados marcos, nació Ricardo a la vida sexual: estaba oculto tras una cortina encarnada, porque había fiesta, una de esas púdicas y ceremoniosas fiestas que gustaban a la gente antes de la Revolución. Un mocito jorobado servía oportu y jerez a los invitados; doña Andrea, la esposa de Onésimo Manzano, hablaba de su tronco de caballos; una señora cantaba un trozo de ópera... De pronto unas manos femeninas levantaron en peso a Ricardo. Fueron las manos de Matilde, una de las señoritas de la casa vecina, una morena de largas trenzas negras, ojos siempre húmedos y carnosos labios color de rosa ligeramente amartados. La joven lo arrancó a la cortina de la sala

y, llevándolo en brazos, lo cubrió de besos largos, acariciadores, gimiendo entre beso y beso: "¡Qué lindo! ¡Ay, qué lindo!"

Ricardo acababa de nacer, sin darse cuenta. Aunque muchas veces nace el hombre en su única vida, nunca se percata de ello, ignora que los sucesos y los días lo paren incesantemente, ignora que los padres engendran la bestezuela; pero sólo la vida da a luz la vida, poco a poco, por pausas. Se nace para una cosa, después para otra, más adelante para una tercera, y así hasta llegar a la plenitud, en que todos los nacimientos se unen antes de dispersarse en un viaje sin retorno.

En la vasta sala de la casa de sus padres, nació Ricardo a la vida sexual. A partir de aquel día, se acercó todas las tardes al balcón de Matilde a gorjear un rato sus tonterías pueriles; ella lo escuchaba sonriendo, le daba dulces y besos a través de las rejas y una vez lo hizo pasar a su casa. Tenía ésta un jardín interior cuyas frondas lamían la azotea de la casa de Ricardo. Era placentero correr y jugar en aquel jardín; pero el pequeño Manzano prefería debatirse entre los brazos de Matilde.

Un día, porque su hermano mayor había ido a unirse a las turbas zapatistas, ella se ausentó dejando abierta una herida en la exigua existencia de Ricardo. Sintióse éste decaído, con un decaimiento de que eran ingredientes la sorpresa, el fastidio y la pena. Algo le faltaba: quién sabe qué.

No pasó mucho sin que se repusiese: una noche, en la cocina, frotando su cuerpecillo con las recias piernas de Josefa, la criada, encontró con-